

Una flor de la piedra
Buenos Aires, Corregidor, 1981, pp., 62-63.

Renée Soto del Castillo

XXX

Titu Acca menea la cabeza.

- El Rey se preocupa por organizar nuestra vida pero debería venir en persona y ver con sus ojos cuánto nos ocurre.

- Don Pedro de la Gasca... -comienza diciendo Juan para tantear qué efecto le produce ese nombre al amigo

- Es terco –dice Atumac-, es terco y derecho. Está en el centro de la conmoción. Consiguió imponerse entre los españoles pero debe soportar el odio que sienten por él.

Juan escucha en silencio deseoso de saber qué ha conseguido ese hombre también entre ellos. Pero los naturales son muy esquivos y es difícil obtener un comentario mínimo de su parecer personal.

- Van a discutir todo el siglo ese asunto de las encomiendas –dice Titu con exaltación. Es una contienda secreta y antigua que no resolverán jamás. Hay dolor y rabia en su tono. Juan se siente culpable y no se anima a explicar a los Acca cómo ha organizado su propia encomienda. Teme que no se lo crean y teme sentirse humillado. Por eso decide no referirse a sus cosas pero se siente como en el centro de un lodazal. Está molesto y como siempre le ocurre desea irse de allí. Mira hacia un lado y otro como para intentar una salida pero Titu quizá lo adivina y le dice:

- Después que visites al Gobernador te quedarás unos días aquí –y hace un gesto con su mano derecha. Atumac le sonrío con dulzura y ajusta también con un gesto las palabras de Titu.

- Esos –continúa éste señalando a Yanara y al indiecito Yanc que se encuentra con él en las dependencias de los servidores- nos ervirán para defenderte.

Juan se sorprende y le dice:

- ¿Defenderme de qué?

- Todo el mundo sabe que eres dueño de una fuerte encomienda. Sabe también que tu hermano te ha legado minas que tenía en Tarija. Se sabe que el capitán Gómez Pérez pertenecía a tu escolta y que tras la muerte de Manco Capac Yupanqui te niegas a ser custodiado. Pero pocos, muy pocos, conocen tus buenas ideas y a nadie se le ocurrirá indagar cómo marcha tu organización. No te conviene andar solo, Juan. Deberías conseguirte otros guardias,

- Soy -dice éste- un hombre de paz y no creo necesario que me escolten soldados con armas. Además -prosigue- nadie se beneficiaría matándome.

- ¡Pero el odio no razona nunca! –le contesta el Inca con calma.